

EL RENACIMIENTO.

Entrega 9.^a — 9 de Mayo 1847.

BELLAS ARTES.

SACRA-FAMILIA.

Fac-símile de un dibujo original de Rafael, hasta ahora inédito.

«En tous lieux où l'on aime, où l'on sent la beauté,
que ton nom soit loué, que ta main soit bénie!»
(BARBIER).

Cuando aun el hálito del mundo no había mancillado la hermosa flor de su inocencia (1); cuando aun no había manera ninguna en su estilo, y todos los conceptos de su elevada mente revestían en su forma la frescura, la inocencia, la gracia, la ingenuidad y el respeto á la tradición y á la naturaleza, propios del artista creyente, entonces trazó la mano del gran maestro este sencillo dibujo, fiando á un pedazo de papel comun uno de los tesoros de su esquisito sentimiento. — ¿Quién será hoy capaz de adivinar el propósito con que lo hizo? ¿qué alma de artista, amante de la belleza, por delicada que sea, es capaz hoy de traslucir en ese puro contorno, con tanto amor trazado, el hilo de su pensamiento? — Como las límpidas aguas de una fuente oculta al ala agitadora de los vientos pueden esconder en su fondo, ó bien la limpia margarita, ó la punzante espina, así cuando el jóven pintor de Urbino dibujó esta graciosa y tranquila escena, tan llena de unción y de santidad, tal vez se insinuaba en su corazón como resbaladora sierpe algun afecto mundano, ó quizás obedecía su mano ciegamente á algun propósito de pureza tradicionalmente formulado en lo íntimo de su corazón; pero cualquiera que haya sido el movimiento de su alma apasionada al producir esta flor espontánea, bien se echa de ver, por la circunstancia de haber dibujado en el reverso del

papel otra Virgen con Jesus niño en los brazos (1), que en esta época de su vida era la Madre de Dios su tipo de belleza predilecto, y que el amor á Nuestra Señora era su pensamiento constante, como lo siguió siendo despues siempre que, disgustado de manchar el albor de sus alas de cisne en la viciada atmósfera de la córte, replegaba su vuelo hácia las apacibles sombras de la fé, donde encontraba las corrientes vivas y copiosas en que templaba su ardor.

Este dibujo pertenece á la coleccion de dibujos originales antiguos del Sr. D. José de Madrazo; es del primer estilo de Rafael, recordando un tanto el de su maestro *Pietro Perugino*. Su bellísima composición es algo parecida á las de Leonardo de Vinci, así en su giro como en la gracia del sentimiento; y creemos no sea aventurado decir que no es nada inferior á las del gran maestro Lombardo, competidor del terrible Miguel-Angel, porque nadie ha superado jamás á Rafael en el movimiento y carácter simpático de las cabezas, en la conveniente expresión de los semblantes, y en la gracia y filosofía del pensamiento.

Publicado hoy por primera vez este dibujo, puede decirse que es como una sorpresa hecha á la vida íntima del Urbino. — No se sabe que nadie le encargara este trazo, ni que haya servido de apunte para cuadro ninguno de los que pintó. Fué visiblemente producto de una inspira-

(1) Expresión felicísima de uno de los pintores mas grandes de la moderna escuela alemana.

(1) En el próximo número publicaremos este otro gracioso pensamiento de Rafael.

cion momentánea; fué como uno de los sentidos gorgoros que en la sombría floresta dirige el enamorado ruiseñor á la encendida rosa, cuando el ansia de triunfar sobre otras aves no perturba su gentil pasion.

P. de M.

UNA OJEADA

Á LA HISTORIA DEL ARTE MONUMENTAL.

(Continuacion.)

No echaremos de ver menos esta admirable armonía si dirigimos nuestras miradas á una de las épocas mas importantes de la historia, á la aparicion del cristianismo. Un hombre oscuro nace en la Judea, y este hombre es el hijo de Dios. Viene á conquistar de nuevo el mundo, y para ello opone la palabra á la espada, la humildad al orgullo, el perdon á la venganza, la afrenta á la gloria. Muere en una cruz, y solo lega al mundo su doctrina. Su doctrina abrasa como el fuego: el mundo arde y en medio de sus llamas los hombres divididos en dos bandos combaten encarnizadamente. El bando del crucificado triunfa al fin: el emperador de Roma deja caer la espada de su mano y cede su dignidad pontificia al representante de Jesucristo. Mas el emperador no depone aun su corona, ni suelta las riendas sobre las naciones uncidas á su yugo: los dioses del paganismo reciben aun perfumes y sacrificios en la misma ciudad en que los cánticos de triunfo de la iglesia hacen retumbar las bóvedas de las basílicas. Pero no se combate ya, se negocia. El cristianismo admite las leyes, las costumbres, las ceremonias, los símbolos del gentilismo; se contenta por de pronto con modificarlos, con darles otro objeto, otro fin: cede, pero con ventaja. — Esta transaccion alcanza tambien á la arquitectura. ¿Qué carácter nuevo presenta esta primitiva arquitectura cristiana conocida con el nombre de arquitectura latina? Las primeras iglesias son las basílicas de los emperadores: las iglesias hechas en el espacio de tres siglos son imitacion, casi copia de las basílicas.

Mas prosigamos la historia. Lo hemos dicho ya: el emperador depone su espada, mas no su corona: consiente en dejar el mando espiritual, mas no el imperio. El mundo yace aun encadenado, la civilizacion antigua queda aun en pié, el triunfo del cristianismo no es completo. No tarda sin embargo en serlo: un diluvio de bárbaros cae sobre el mundo y la sociedad antigua queda sepultada bajo sus escombros. Los bárbaros tratan de reconstituirla, buscan elementos

en medio de las ruinas, y hallan esparcida entre las piedras de las antiguas ciudades y de los antiguos monumentos la palabra vivificadora de Jesucristo. Sobre ella y sobre algunos principios de la antigüedad empiezan su obra y levantan el colosal edificio de nuestra civilizacion, de la civilizacion moderna.

Los resultados de esta inmensa revolucion son para estudiados. En la antigua sociedad todo tiende al aislamiento: las naciones no pueden estar unidas sino por la necesidad ó por la espada. La diversidad de creencias religiosas crea diversas creencias morales y políticas; con las diversas creencias se combinan diversos intereses; de la incompatibilidad de intereses nace la guerra. En la sociedad nueva sucede todo lo contrario: hay en Europa una misma religion, un mismo pueblo, unas mismas necesidades; hay por consiguiente uniformidad en la marcha de los imperios que la componen. Esta observacion es para nosotros muy importante: hasta ahora estudiamos la India, el Egipto, Grecia, Roma: desde ahora debemos abarcar de una ojeada la Europa, el mundo cristiano.

Analícemos, pues, la Europa. A nuestro modo de ver, presenta tres épocas distintas desde la invasion de los bárbaros hasta el siglo XVI: la primera acaba con Carlo-Magno, la segunda con las cruzadas, la tercera con la imprenta. En la primera duerme, en la segunda despierta, en la tercera obra. Despues de la invasion yace como aterrada bajo la lanza de los bárbaros: un silencio sombrío reina en todas sus naciones, y si de vez en cuando lo perturba el estruendo de las armas, es porque los vencedores no creen aun haber consumado la obra de sus manos. La Europa es entonces tumba de vivos en torno de la cual solo ruedan las tinieblas: las artes y las ciencias están aun bajo los escombros. Un árbol fecundo florece sin embargo en medio de estas ruinas, un árbol cubre con su copa todo este sepulcro, el árbol del cristianismo, árbol misterioso que va absorbiendo toda la sabia intelectual del mundo antiguo. Bajo las hojas de este árbol hay un trono, sobre este trono la iglesia. La teocracia es la reina de la nueva sociedad.

Los monumentos no podian tampoco dejar de reflejar las circunstancias de esta época: todos descubren manifiestamente el imperio de la teocracia, la muerte de las artes, la inanicion de los pueblos. Son macizos, pesados, oscuros, monótonos en sus formas, severos en todas sus partes, pobres de adornos, sombríos y aterradores en el conjunto. Son como las escavaciones de la

India y del Egipto: en todos sus miembros se ve la mano del sacerdocio, y solo la mano del sacerdocio.

Al acabar de esta época asoma Carlo-Magno, llama con su espada á las puertas de Europa y alcanza que esta responda á su voz. Halla una lucha ya entablada desde muchos años por el mahometismo; ansioso de que se sostenga sin tregua, enciende en todos los pueblos el espíritu religioso y le alianza con el espíritu de guerra. Desde luego empieza á oírse por todas partes un ruido inmenso, el ruido que hace la Europa al levantarse contra el yugo que la oprime. Esta lucha continua por algunos siglos: en tanto la agitacion cunde, las artes empiezan á levantarse de su abatimiento, la inteligencia alcanza todos los dias nuevos triunfos. Desarrollados al fin enteramente el espíritu de religion y el de guerra escitados por Carlo-Magno, terminan por producir una conflagracion universal. La Europa armada como un solo hombre se arroja sobre el fondo del Asia. — Este continuo combate, esta marcha hácia la civilizacion, esta mezcla de sentimientos guerreros y religiosos, no lo descubrimos tambien en los monumentos conocidos con el nombre de romano-bizantinos? La arquitectura presenta en todos ellos dimensiones mas atrevidas, formas mas gallardas, una ornamentacion mas rica y caprichosa, mas armonía entre los miembros, mas belleza en el cuerpo. Sus monasterios están coronados de almenas, defendidos por fosos y murallas, armados de puentes. Los capiteles de sus claustros están ya atestados de figuras de caballeros, de sacerdotes, de hombres del pueblo. La variedad empieza á reinar en todas partes, la inflexibilidad sacerdotal empieza á ceder á las exigencias del artista.

Siguen luego las cruzadas. Tras ellas el feudalismo muere, las comunidades triunfan. Las relaciones entre los imperios se estrechan, el comercio se ensancha, la industria rompe sus lazos, las artes alcanzan una grande altura. El espíritu caballeresco y religioso llegan á su colmo. — Fíjense ahora los ojos sobre estas bellas catedrales góticas que cubren el mundo cristiano, los mas grandes poemas sin duda que creó la edad media, aun sin esceptuar los de Dante y de Ariosto, tan místicos y caprichosos como aquellos; pásense los ojos sobre estas creaciones inmensas, producto de la piedad, de la constancia y de la inteligencia de generaciones enteras, album en que cada hombre del pueblo viene á escribir sus mejores concepciones, depósito sagrado en que cada cual viene á espaciar sus sentimientos, hoja de

agravios por fin en que todos vienen á fijar sus quejas, y digásenos si no se distingue donde quiera la libertad del pueblo, la victoria de las artes, la profundidad de sentimientos religiosos. Sus fachadas son como vallas levantadas entre el mundo de los cuerpos y el mundo de los espíritus. Apenas penetramos en el interior, la religion se apodera de nosotros y nos hace doblar la frente y la rodilla ante sus misteriosos altares. Sus cimborios y sus torres elevan nuestras miradas y nuestras preces hácia el templo de los cielos. Cuando pasada la primera impresion, nos entregamos al minucioso exámen de sus detalles, vemos en todas partes un mundo de figuras de santos, de reyes, de soldados, de frailes, de monstruos á veces, caricaturas quizás de los personajes de la época; admiramos lo bello de la composicion, lo delicado de la ejecucion.

Esta bella época acaba con el siglo XV. «Con el siglo XVI, dijimos en una obra que llevamos publicada, ábrese una época nueva para las artes. La imprenta da alas al pensamiento del hombre. Las creencias desfallecen, la duda se entroniza. Rota la unidad religiosa, la alianza entre las artes queda de repente quebrantada. La arquitectura vuela de los brazos de la poesía á los de la inteligencia: antigua hermana de la poesía, llega á ser compañera inseparable de las matemáticas. El mundo romano es su escuela, Vitruvio su maestro.» Fáltanos ahora solo añadir: en esta época la arquitectura muere como espresion religiosa. Los monumentos religiosos de nuestros dias no son ya sino cadáveres, bellos quizás, pero sin vida. Copiamos, imitamos; nunca creamos. La causa de tan rápida caída del arte no es para esplicada en este artículo: bástenos ahora observar que mientras la arquitectura pasaba de original á imitadora, pasaban á serlo tambien la escultura, la literatura, la legislacion, la filosofia. Una diferencia existe no obstante entre la caída de la literatura y la de la arquitectura. Aquella se apoyó en los libros romanos para pasar de un salto á regiones hasta entonces desconocidas; esta se apoyó en los monumentos romanos para hundirse luego en ellos. Esto dependió de que la literatura estaba en su infancia, la arquitectura en su caducidad.

Madrid 47 de abril de 1847.

Francisco Pi y Margall.

ESTADO ACTUAL DE LA MUSICA EN ESPAÑA.

Se cree generalmente que la música en España va progresando porque cunde cada día más su estudio, bien ó mal entendido, y porque apenas hay ya familia algo acomodada que no posea un piano y en que no se cante por las noches. Pero en este punto, como en todos, es preciso no fiarse de la opinión más general, que suele ser muy errónea, y entrar con detención en el exámen de la cuestión, si se quiere sacar en limpio alguna verdad. El interés de esta cuestión es muy grande. Para comprenderle algún tanto es preciso estudiar la influencia de la música en el hombre, y por consiguiente en la sociedad: influencia tan poderosa como continua. La música acompaña al hombre en el templo, en la sociedad, en la soledad, en el campo de batalla, en todas partes. Pero ¿y de qué modo? ¿qué efectos produce en él? Los más sorprendentes y dignos de considerarse por cierto. ¿Hay acaso medio alguno más eficaz para elevar al hombre sobre todo lo material y para inspirarle sentimientos grandes y sublimes? El hombre privado del oído es el ser más desgraciado de la especie humana. La sociedad privada de la música no puede existir. ¿Puede haber culto sin música? ¿Lo ha habido en algún tiempo? Cuando los protestantes, llevados de su fanático celo por la pretendida reforma del culto, sacaron del templo la pintura, la escultura, y hasta afectaron despreciar la arquitectura misma, ¿pudieron desentenderse de la música? ¡No! Los antiguos legisladores, los hombres más grandes de todos los tiempos, ¿qué partido no han sacado de la música para civilizar los pueblos? ¿Qué auxilio prestaron las ciencias y las artes al pueblo de Moisés para elevarlo al reconocimiento del verdadero Dios y al agradecimiento de los beneficios que les dispensó? Ninguno. Pero Moisés cantaba y enseñaba al pueblo sus himnos. Cantando sacó á los Israelitas de la esclavitud de Egipto, cantando los condujo por el desierto, y cantando murió á su frente al cabo de 40 años de peregrinación, pero á la vista ya de la tierra prometida! Los filósofos griegos ¿qué importancia no dieron á la música? ¿Qué alabanzas no la han prodigado los Santos Padres? En fin, los hombres más eminentes convienen en que *la música de un pueblo no se puede alterar sin que se alteren sus costumbres*, ó lo que es lo mismo, que el estado de la música en un pueblo es el mejor barómetro para medir la altura de su verdadera civilización.

¡Conclusion por cierto bien notable y confirmada por la historia de todos los pueblos antiguos y modernos! Pero, se dirá tal vez, ¿qué tiene que ver lo que en el día entendemos por música con lo que así se llamaba en el Pentatéuco y aun en la Iliada, y en qué se parecen nuestros músicos á los cantores de Israel? ¿qué instrumento se asemeja al arpa de David ó á la lira de Orfeo?... Los tiempos varían y las invenciones de los hombres se multiplican y se olvidan incesantemente; es verdad. Mas ¿quién se atreverá á sostener que el corazón del hombre ha variado hasta punto de producir en él un efecto indiferente ó pernicioso lo mismo que en otros tiempos le convino tan admirablemente? Los instrumentos varían y se perfeccionan y se corrompen todos los días; pero ¿quién pretenderá sostener que el órgano de la voz, á cuyas prodigiosas facultades ningún instrumento ha llegado ni (nos atrevemos á añadir) llegará, no es susceptible hoy de las mismas modificaciones de que era capaz en otros tiempos? Y ¿quién osará decir que las leyes eternas de la armonía son susceptibles de variación? Por otro lado, si los efectos de la música no corresponden ya á los que nos refieren los poetas griegos y los historiadores sagrados, ¿no puede muy bien dimanar esto de que no se atiende bastante á la importancia del estudio de la música y se descuida demasiado la verdadera dirección que debe dársele? ¿No pueden haberse admitido y generalizado algunos errores graves, (nacidos de causas que, aunque muy diferentes entre sí, hayan contribuido de consuno á producir este resultado), acerca de la verdadera índole, de la verdadera tendencia de la música, y hasta de la verdadera significación de esta palabra? Así lo creemos y por eso nos ha parecido oportuno llamar algún tanto la atención de nuestros lectores acerca del interés de la cuestión que ciertamente no es ligero. Entremos ya en su exámen de lleno.

Hay varios géneros de música muy diferentes y que no pueden menos de serlo. El género sagrado se diferencia mucho del género sinfónico. Hay otro género diferente al que corresponde la música llamada de gabinete. La música militar tiene también su género peculiar, y por último, la música de teatro exige también condiciones que constituyen otro género. No hay que confundir cosas tan diferentes, porque, como veremos, se pueden seguir de ello errores graves y de mucha consecuencia. Examinemos, pues, cada género separadamente y veamos á qué altura se halla entre nosotros. Después de hecho este exá-

men con la detencion posible, podremos ya empezar á formarnos alguna idea exacta del verdadero estado actual de la música en España.

Género sagrado. Escuchemos al sabio y concienzudo Rochlitz sobre el verdadero objeto de las bellas artes en general y de la música en particular. Dice así: «Todas las artes tienen su origen en la religion y en ella han echado sus primeras raices. Nadie se atreverá á negar este axioma. El instinto y la necesidad de expresar por medio de signos exteriores los sentimientos de nuestra alma para con Dios y las cosas divinas, han dado origen á las bellas artes, conduciendo á los hombres á manifestar estos sentimientos por todos los medios á su alcance, con el objeto de comunicarlos á sus semejantes y de dar á esta participacion y á este interés general una direccion mas particular y mas propia del carácter natural y todavía puro del hombre.» — «Mientras las artes permanecen fieles á su noble origen, ó á lo menos no le son contrarias, mientras que se estienden y se elevan sobre este fundamento, conservan su dignidad; pero si se apartan de él, ó si tratan de oponérsele, con solo que le olviden ó le des-cuiden, vacilan é infaliblemente acaban por declinar. Entonces se convierten en objeto de una simple facultad natural, de una mera habilidad, objeto en fin, de lucro y de industria. Dejan de ser arte y pasan á ser... para unos, mera diversion; para otros, oficio mecánico.»

Palabras dignas de grabarse profundamente en la memoria de todo el que quiera entender algo en estas materias, y palabras cuya luz y cuya verdad parece imposible no haya todavía penetrado la masa de los llamados artistas, siendo así que espresan exactamente las mismas ideas, sobre el origen del arte y su verdadera tendencia, que están repitiendo cuantos hombres grandes se han ocupado en esta cuestion desde Platon acá.

Y si estas ideas convienen al arte en general, ¿se extrañará que demos el lugar preferente al género sagrado siempre que tratemos de estudiar bajo cualquier aspecto un ramo del arte? ¿Se extrañará que vayamos al templo á estudiar la música? Lo que sí es de extrañar es la ignorancia y la barbarie, pues no merece otro nombre, que tanto ha cundido entre nosotros acerca de todo lo relativo á bellas artes. Hasta parece que no hay ojos, ó que la facultad de ver no tiene relacion alguna con la de pensar, pues de otro modo no se concibe como han podido llegar á admitirse y gene-

ralizarse tanto error y tanto absurdo. *No hay infierno ni demonios, ni nada de eso que te cuentan,* decia un mal amigo á cierto niño, hoy hombre ya maduro que con mucha gracia suele referirlo. *El diablo es un coco. Todo lo que te dicen de la Religion es una sarta de mentiras. Te lo dicen por engañarte, por asustarte. No hagas caso.—Yo, dice, me persuadí de esto facilmente y llegué á escuchar cuanto me decian mis padres sobre la inmortalidad del alma, la vida futura y otras cuestiones así, como una suma de disparates. Callaba, pero no creía nada.—Al cabo de algun tiempo tuvo mi familia que dejar el pueblo pequeño que habitábamos para pasar á Madrid. Llegamos á Toledo, y al ver yo la Catedral, no pude menos de pensar confuso si habrian construido tambien aquel estupendo edificio para engañarme! No podia resolverme á creerlo... y desde aquel punto datan mis profundas convicciones en materia de Religion!* Los que dudan acerca del verdadero objeto del arte no tienen mas que abrir los ojos para salir de sus dudas. Concretándonos á la España (pues es indudable que en otros paises se tienen ideas mucho mas acertadas sobre estas materias) ¿dónde están los monumentos de las bellas artes? Si de los museos se eliminan los cuadros de asunto místico ¿qué queda? Si de los edificios notables se quitan las catedrales y algun otro templo ¿qué queda? Si de la estatuaria se quitan las imágenes ¿qué queda? Clara está pues, y evidente, evidentísima, la influencia de la Religion en el arte, y esta influencia no se ha hecho sentir menos en la música que en los demas ramos indicados. Con efecto, la música de la iglesia española asombró al mundo civilizado y sigue todavía siendo objeto de estudio profundo y de admiracion, aunque (digámoslo con vergüenza) fuera de España, mientras que los grandes compositores que la han producido han sido completamente olvidados entre nosotros y (lo que todavía es acaso mas vergonzoso) sus actuales sucesores se dedican á parodiar la miserable música de teatro, creyendo ilusos que el género sagrado necesita para sostenerse del apoyo de los demás géneros, é ignorando que de ninguno lo ha necesitado nunca, y mucho menos del mas pobre y del mas falso de todos! ¿Si creerán tambien que los bastidores tienen mas resistencia que las columnas del templo que algunas veces imitan? ¿Qué sabemos? No sería esta creencia mucho mas disparatada que la anterior. ¿Qué dirian los Salinas, los Morales, los Vitorias y tantos otros hombres de colosal mérito que se han formado en la iglesia española si la viesan hoy? ¿Cómo es posible que advirtiesen el grado de corrupcion tan espantoso

en que se encuentra, sin estremecerse? ¿Qué de cosas oirían, y ni aun estándolas oyendo podrían creer que se ejecutasen? Si esta semana santa, por ejemplo, de que acabamos de salir, hubieran podido visitar nuestros templos ¿qué ideas se habrían formado acerca del verdadero estado de la música entre nosotros?... Pero no anticipemos juicios que han de resultar del exámen atento de las cosas. En él nos hemos propuesto conducir á nuestros lectores como por la mano, y nos persuadimos que han de convenir en la verdad y en la exactitud de las consecuencias que se vayan deduciendo lógicamente de los mismos hechos.

S. de Masarnau.

SECCION LITERARIA.

Tenemos la mayor satisfaccion en insertar en nuestro periódico los siguientes robustos versos inéditos del gran poeta D. Alberto Lista, una de las primeras glorias literarias de nuestro siglo, en cuya excelente escuela se han formado casi todos los jóvenes que hoy brillan en la república literaria. Próximo ya al término de su carrera, tan útilmente empleada, el Sr. D. Alberto Lista espárce todavía, como el sol en occidente, magníficos resplandores. Plegue á Dios que no sean los últimos, para delicia y aprovechamiento de los que, como nosotros, se honran con el dictado de amigos y discípulos de aquel respetable sabio.

AL SR. D. ANTONIO MARTIN VILLA,

MI AMIGO.

¿Sabes qué pide al invocado cielo
Tu Anfriso, caro Antonio,
Cuando las palmas suplicantes tiende?
No del Betis feraz el grato esquilmo,
Ni que el Extremo ardiente
Sus rebaños copiosos apaciente.

Ni los collados plácidos, ni el campo,
Que con serenas ondas
Muerde callado el lindo Guadaíra,
Ni el indico márfil, ni el oro infausto,
Que las naciones vicia,
Don y castigo á la feroz codicia.

Esprima, oh Lete, en tu florida vega
El dueño venturoso,
Racimos de tus fértiles viñedos.
Y el que no una vez sola atravesára,
Con la avaricia insano,
Las aguas del Atlántico Océano,

Pues del naufragio se libró, en dorada
Copa del vino beba,
Con afanes y riesgos bien comprado.
Parco manjar á mí conceda el cielo,
Y salud vigorosa,
Y pecho libre de ambicion odiosa.

Ya, dulce amigo, de mi edad volaron
Hácia la tumba fria
Catorce lustros. La vejez mi rostro
Cubre de nieve: mas la mente agita
Con grato devaneo
De lira y canto el juvenil deseo.

¡Oh musa! tú, que en mis floridos años
El amor me inspiraste,
Del saber, la belleza y la armonía,
Ya el Betis, tu mansion, será mi asilo:
Concédeme piadosa
Citara blanda y senectud honrosa.

Y añádase á estos dones tu ternura,
¡Oh amistad sacrosanta!
Que sin tí, ni la voz del sacro Homero,
Ni de Newton la oliva, ni los lauros,
Honor de docta frente,
Bastan á hacer feliz la humana mente.

Tú el hombre al hombre uniste, cuando errante
Por la selva breñosa,
El sustento á las fieras disputaba:
Tú le impusiste el saludable yugo,
Que el uno al otro liga,
El gozo repartiendo y la fatiga.

¿Quién fué el necio primero, que dictando
Al hombre de las selvas
Por ley la utilidad, en densa sombra
Envolvió del deber la pura fuente,
Y al interés inmundo
Proclamó Dios del asombrado mundo?

¿Quién fué, que así olvidado del glorioso,
Del carácter sublime,
Que en nuestras almas imprimió natura,
Las condenó al deleite; y de la vida
Desdeñando otro fruto,
Igualó al hombre con el torpe bruto?

Asi la insensatez rompió los lazos
Del mútuo amor, que fuera
La ley universal de los mortales:
Y vió el hombre en su hermano un enemigo,
Que á su bien se oponía,
Y en su sangre cebó su saña impía.

Y sangre corrió el Sena: el ódio acerbo
En nombre del sofisma
Vertió de sangre caudaloso rio:
Hollados en el seno del oprobio
Cetro, corona y leyes,
Se tiñó en sangre el sòlio de los reyes.

Del funesto espectáculo la vista,
Oh caro Antonio, aparta:
Mas conmigo aborrece esa mentida
Ciencia de horrendos crímenes fecunda:
Que al atroz egoismo
Un puñal y una venda dió el abismo.

Sevilla setiembre 26 de 1843.

Alberto LISTA.

EL CASTILLO DE TANCARVILLE.

LEYENDA NORMANDA DEL SIGLO XIII.

VIII.

La vuelta no deseada.

Muy pocos dias despues de la partida de Arturo, volvió de su viage el señor de Harcourt. Al principio de esta leyenda, dijimos que este caballero habia disipado en su juventud todo el pingüe patrimonio que heredara de sus padres; de carácter ambicioso y amigo de revueltas, necesitaba una fortuna que le facilitase recursos bastantes para adquirir y conservar una influencia, sin la cual eran imposibles los sueños de su ambicion. Hemos visto que la esperanza de adquirirla le habia hecho tomar la cruz y seguir á Felipe Augusto á los abrasados arenales de Palestina; y aunque no logró el objeto que se proponia, la fortuna le ofreció al menos en lontananza la posibilidad de que se realizasen sus deseos. Al confiarle el señor de Tancarville la tutela de su hija, al mismo tiempo que la administracion de sus inmensos bienes, vió abiertas, Alfredo de Harcourt, las puertas de la esperanza; á la sombra de aquella fortuna tan considerable podia él rehacer la suya, y quién sabe? tal vez apoderarse de todo.—Era jóven aun, y las mugeres crecen y se forman tan pronto! —un casamiento era mas que posible entre el tutor y su pupila; era probable, fácil, racional.

Con semejantes ideas desde tan atrás, habia criado y educado á Heloisa en el mayor apartamiento posible. Una dueña que poseia toda la confianza del amo, fué puesta al lado de la jóven con encargo de velar, si posible fuese, hasta sobre sus pensamientos, é indudablemente habria recogido el señor de Harcourt el mas cumplido fruto de sus tan bien meditados planes si el rapazuelo dios, no se hubiera encargado de burlarlos, como ya hemos visto.

Desde la partida de Arturo habia notado la dueña una gran mudanza en la tierna doncella, y como muger de mucha esperiencia, no tardó en concebir las mas vehementes sospechas acerca del amor de la jóven por el hermoso trovador, las cuales se convirtieron casi en certidumbre despues de una larga conversacion que con ella tuvo; no dijo empero nada á su pupila que pudiese alarmarla, y resolvió servirse lo mas provechosamente que le fuera posible de aquel descubrimiento.

Al dia siguiente de la llegada del tutor, tuvo este una larga conferencia con la dueña; y en ella le reveló sus proyectos y la intencion que tenia de llevarlos á cabo á la mayor brevedad posible. Encargóla que explorase el corazon de Heloisa, prometiéndola una amplia recompensa si le servia bien y fielmente en su empresa, añadiendo que para dejarla en mayor libertad organizaria en las cercanias una gran batida que le tendria ausente tres ó cuatro dias. Prometió la dueña todo lo que se le exigió, y partió sin demora en busca de Heloisa, que muy agena de la desgracia que la amenazaba, estaba en aquella sazón en su cuarto muy ocupada en acabar una banda que bordaba á hurtadillas para el amado de su corazon. ¡Figúrese cuál quedaria la pobre niña al oír la embajada que despues de algunos rodeos, le comunicó la despiadada dueña! Fuele necesario apelar á todo el esfuerzo que su amor por Arturo infundia en su corazon, para disimular un tanto, y no declarar á aquella aciaga mensajera, que primero moriria que consentir en aquel odioso en-

lace. No pudo sin embargo, ocultar la repugnancia que sentia por tal proposicion; pero como la dueña tenia, como hemos visto, sospechas del motivo que la causaba, no la estrañó, y aparentó no verla; contentándose con predicarle un largo sermón sobre la conveniencia de aquel proyecto, y los numerosos disgustos á que se esponia no aceptándolo. Dejóla en seguida, y marchó á dar cuenta del resultado de su comision. No bien se vió sola Heloisa, escribió apresuradamente una carta á Arturo en que le daba parte de aquellos sucesos, invitándole á volver en seguida á Tancarville; y tomando un bolsillo bien provisto de cequies, salió recatadamente del castillo y se encaminó presurosa á la cabaña de Jorge. Allí, despues de dar de palabra algunas instrucciones á Roberto, le entregó la carta, y dándole el bolsillo con el fin de que se procurase en alguna de las aldeas inmediatas un buen caballo que lo llevara con mas velocidad á su destino, se volvió al castillo en el cual nadie habia notado su brevísima ausencia.

IX.

El Castaño de Indias.

Los lectores recordarán que al principio de esta historia dejamos á Heloisa al pié del castaño, testigo en mejores dias de tan ruidosas escenas y solaces tan apacibles, al empezar una oscura y borrascosa noche del año de gracia de 12.... Todos los habitantes del castillo se habian retirado á su interior huyendo del aguacero, y hasta los criados mas ínfimos estaban sentados alrededor de un inmenso hogar en las cocinas del castillo, menudeando sendos tragos de lo añejo, oyendo con tanta boca abierta las espantosas leyendas de duendes y aparecidos, que les contaba un anciano leñador de las cercanias, huésped suyo aquella noche, y olvidados de todos y de sí mismos en aquel bienaventurado letargo que nos producen las repetidas libaciones al dios beodo, cuando los miembros entumecidos por el frio se reaniman al grato y benéfico calor de un buen fuego, cuando el oído se adormece al compás del alegre chisporroteo del seco ramage de la encina, y la vista medio oscurecida por el sueño y los vapores del vino, se complace en seguir las caprichosas espirales de las llamas, que toman entonces para el soñoliento espectador las formas mas fantásticas y variadas.—

Solo la jóven insensible á la helada lluvia que calababa sus vestidos, y al temor que en cualquiera otra ocasion le habrian inspirado los frecuentes relámpagos y el ronco retumbar del trueno, seguia al pié del castaño de Indias que sombreaba con su espaciosa copa gran parte del patio del castillo. En la carta que habia escrito á Arturo, le citaba en aquel lugar para el anochecer de aquel dia, ignorando, como es de suponerse, las sospechas de la dueña; pero la tempestad crecia y el jóven no llegaba. ¡Cuántas veces habíale parecido percibir al través del ruido de los vientos y la gruesa lluvia el lejano galope de un caballo! ¡y cuántas se habia desvanecido su esperanza! —¿Mas qué escucha? ¡Oh! ahora es cierto—ahora no la engaña el deseo —se oye cada vez mas distinto el galope de un caballo por la cercana avenida—«¡Dios mio! ¿será él?» La oscuridad no le permite distinguir ni el color de sus manos—no se vé á sí propia—¡qué angustia! —Algunos instantes mas, y va á salir de dudas....

(Se continuará.)

J. Heriberto García de Quevedo.

Hoy tenemos que anunciar á nuestro público (al público apasionado de las letras y de las artes) una noticia que le será muy satisfactoria, y que para nosotros lo es doblemente. S. M. el Rey, en vista de lo que en el número 7.º del *Renacimiento* dijimos de la traducción en verso del libro IV de la *Eneida* hecha por D. Fermin de la Puente y Apezchea, y de las varias muestras que de ella presentamos, tuvo á bien examinar por sí mismo el libro entero, llevado de su estremada afición á la literatura latina, como discípulo de los Padres Escolapios, de la que es profundo conocedor no menos que de la castellana; y áltamente satisfecho de su lectura, tomó y escribió de su propia Real mano una resolución digna de tan ilustrado Príncipe. Convencido de que sin altas protecciones es muy difícil que haya quien lleve á cabo trabajos literarios de la naturaleza del que tan felizmente ha emprendido el Sr. Apezchea, y persuadido de que es un deber y una gloria para los poderosos fomentar las publicaciones útiles, S. M. se ha dignado señalar al hábil traductor de Virgilio una subvención decorosa para que concluya su versión poética de la *Eneida* con el detenimiento y desahogo que son condiciones esenciales del acierto; ha dispuesto que, una vez terminada se imprima lujosamente con el texto latino, á sus espensas, y se ha servido además admitir desde ahora la dedicatoria de un trabajo que la literatura española deberá en gran parte á su real munificencia. Nosotros nos congratulamos con toda la efusión de nuestra alma por haber contribuido en algun modo, aunque indirectamente, á una resolución que honra tanto al augusto personaje que la ha tomado, como al apreciable literato en cuyo favor ha recaído; por ella nos congratulamos tanto más cuanto confiamos que contribuirá eficazmente al fomento de las letras españolas, estimulando á nuestros ingenios, á acometer árduas empresas, con la fundada esperanza de alcanzar para ellas el mismo generoso y lisonjero patrocinio. La protección de los Augustos produce los Horacios y los Virgilio. — A la conmovida piedad y á la entendida largueza de Octavia, madre del gran emperador romano, se debió también la conclusión de la *ENEIDA* (1).

(1) Sabido es que leyendo Virgilio á Augusto y Octavia los seis primeros cantos de la *Eneida* que tenía concluidos, al llegar al episodio de la muerte del joven Marcelo con que finaliza el último, fué tan profunda la impresión que produjo aquel dulcísimo trozo de poesía, y el profundo y hermoso *Sunt lacrymæ rerum*, tipo ideal del sentimiento poético que han consagrado los siglos, que prorrumpiendo en lágrimas la madre, cayó desmayada, y vuelta en sí, hizo don al poeta de la enorme suma de diez sestercios por cada verso de aquel trozo, es decir, de trescientos veinte mil reales próximamente por treinta y dos versos. A esta magnífica recompensa, doblemente lisonjera por las circunstancias que la acompañaron, debió acaso el mundo la conclusión del inmortal poema de Virgilio.

REPUBLICA DE ARTES Y LETRAS.

En el Museo de antigüedades de la provincia de Gerona han ingresado en el mes de marzo, procedentes de las escavaciones de Ampurias, una caja de plomo que contiene los huesos de un cuerpo humano, de época Gentil; cuatro vasijas de barro con el mismo contenido y de igual época; ocho vasos lacrimatorios de barro de varias formas, seis idem idem de vidrio; nueve estilos de marfil; cinco lámparas sepulcrales; una cucharita de marfil para sacrificios; una idem de cobre para igual uso; una vasija de barro al parecer *Patera* de sacrificios; una ánfora pequeña; seis piezas de barro, unas de á libra, otras de á media, y otras de á cuatro onzas; dos trozos que constituyen un pedestal de mármol; doce tejas romanas; varios trozos de lápidas de mármol con caracteres latinos; un cuadrado de pórfido egipcio, color de esmeralda; varios trozos de mármol labrado; algunos pedazos de vidrio de colores de curiosa construcción. Se ha descubierto en las últimas escavaciones un mosaico entero de mármol de colores que será trasladado al Museo provincial, si examinado con detención presenta mérito para ello. También han ingresado muchas medallas romanas de plata, de cobre y bronce.

La *Gaceta musical* de Milan hablando en uno de sus últimos números de los conciertos dados en Madrid por el Sr. Spira dice: Spira pretendía ser el inventor de la *Armónica de madera*, pero uno de los más acreditados críticos de música, el Sr. Velaz de Medrano, persona de grande erudición, le ha desmentido en un artículo (1) contándole la vida, muerte y milagros del susodicho instrumento. *Uno di piu riputati critici musicali, il signor Velaz de Medrano, uomo di vasta erudizione, dimostrò in un articolo essere falsa la asserzione dello Spira, e ciò raccontando vita, morte e miracoli dello strumento combattuto.*

El teatro de la Cruz ha vuelto á abrirse esta semana por cuenta de una nueva empresa. La Villó, Carrion y Ansoni han sido esta vez tan aplaudidos en el *Hernani* y *María di Rohan* como lo fueron anteriormente. A la hora de escribir nosotros estas líneas estarán cantando dichos artistas la ópera titulada *Nabuco*, de Verdi, en la semana entrante se pondrá en escena la ópera bufa *Il Ritorno di Columela*, en la que el Sr. Salas desempeñará el papel de protagonista que tantos aplausos le valió cuando se cantó anteriormente dicha ópera en el mismo teatro.

Después de la aparición, en el teatro del Circo, del Sr. Barbieri, tenor que hasta la fecha no he logrado grandes simpatías del público de la corte, se ha puesto en escena nuevamente el baile de *Gisela* para el debut del nuevo bailarín M. Durand, que ha gustado bastante. La primera ópera nueva que se cantará en este teatro será el *Machbel*, de Verdi, ignorándose todavía si el bajo Torri se presentará en esta ópera.

En la noche del miércoles se estrenó en el teatro del Príncipe el drama de D. José Zorrilla titulado *la Reina y los favoritos*. Hay en él algunas escenas interesantes, tal cual diálogo animado, y en general muy buenos versos; pero el conjunto de la obra agradó poco: la ejecución menos. Solo el Sr. Romea (D. Julian) tuvo momentos muy felices. El joven rey D. Alonso VI estuvo fatal.

ADVERTENCIA.

La abundancia de materiales no nos ha permitido insertar en este número el artículo segundo de la crítica de *Doña Blanca de Navarra* que tenemos escrito y compuesto ya en la imprenta. Saldrá sin falta en el próximo.

(1) Véase el primer número del *Renacimiento*

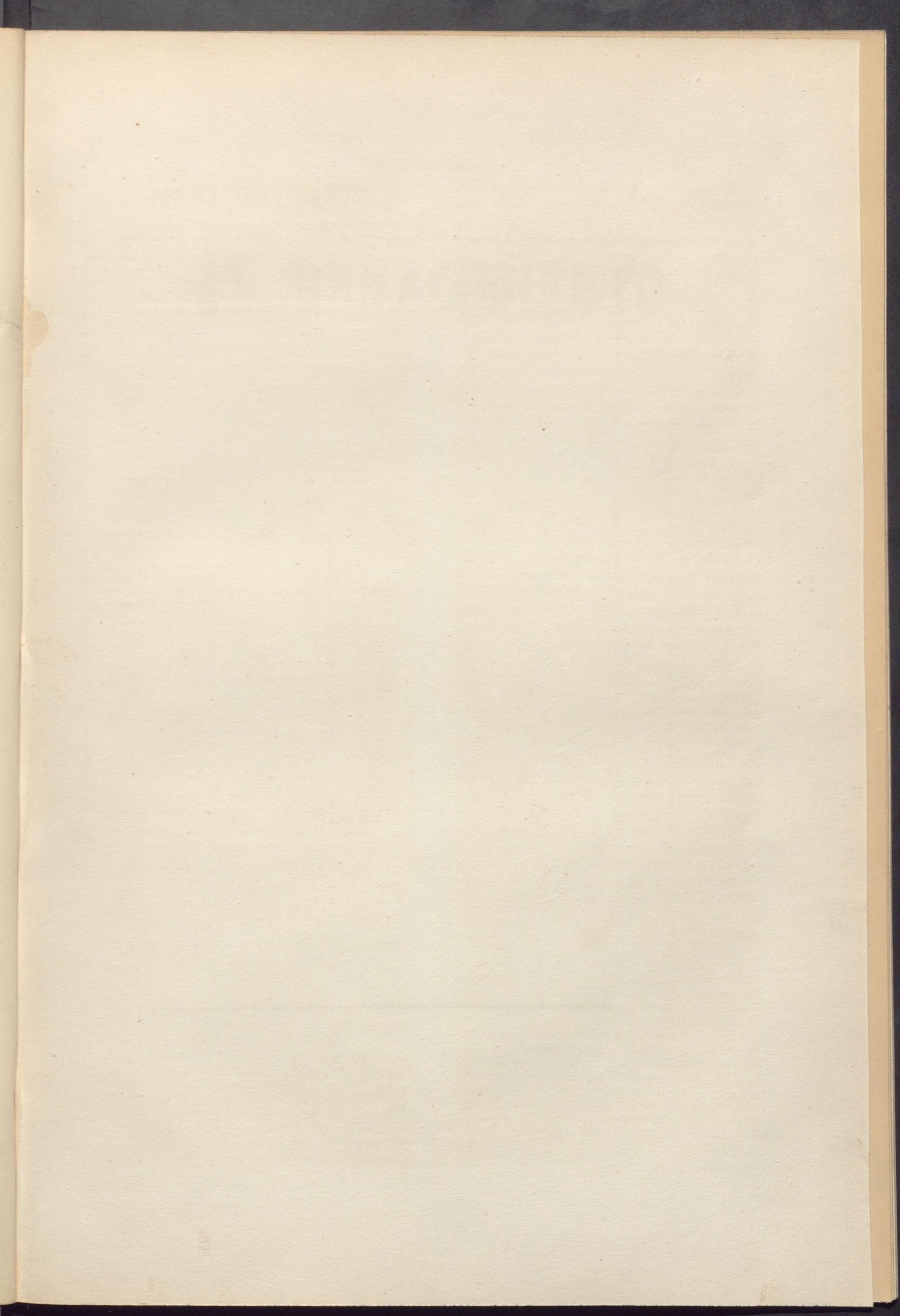
ESTAMPA DE ESTE NUMERO

SACRA-FAMILIA,

FAC SIMILE DE UN DIBUJO ORIGINAL DE RAFAEL.

lit. por D. F. DE M.

Imp. de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.





F. de M. la litog.

Lit. de E. Perez y J. Honan.

Fac-simile de un dibujo inédito, original de RAFAEL,
de la colección del S. D. José de Madrazo.